

LA REALIDAD Y LAS PROHIBICIONES

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Toda ciudad tiene la fisonomía que, en sus rasgos esenciales, le procura el trasfondo económico y social de su población. Querer explicar los fenómenos urbanos en razón de las cualidades o los defectos morales de los hombres que constituyen la base ciudadana es tomar el rábano por las hojas. Y entre nosotros es frecuente caer en ese error: se habla de la incultura, de la ociosidad, de la irresponsabilidad del limeño, para sostener, por ejemplo, que los mendigos que pululan en nuestra capital son producto de estos males y no, como es incontestable tras un análisis desinteresado y frío expresión patente de la injusta repartición de la riqueza y de la consecuente desorganización social. Se atribuye, asimismo a debilidades del individuo, torpemente generalizadas, la creciente emigración provincial a la metrópoli. Por último, se considera a los vendedores ambulantes como gentes que, por una especie de diversión, rehuyen la tarea productiva y se entregan al minúsculo comercio callejero. Las disposiciones municipales emanan desgraciadamente del mismo superficial criterio. Campañas policiales contra la mendicidad, planes dudosos y ciertos de vivienda para los recién llegados a la ciudad, "zonas rígidas" contra los buhoneros de peines, hojas de afeitar, lapiceras, etc., que hormiguean por el centro. La municipalidad ha creado ya, según se informa, la "ciudad prohibida", un cuadrilátero en el cual no podrán ingresar esos mercaderes de chucherías cuya impertinencia es, sin duda, menos grave, con todo lo insoponible que es, que su patético hambre. Es evidente que los que gobiernan nuestra comuna carecen de un organismo técnico que los asesore en lo que respecta a los problemas humanos —que son complejos— que se manifiestan a través de desórdenes y realidades insólitas. Cuando uno vuelve de viaje, después de haber visto ciuda-

des pertenecientes a países mejor organizados que el nuestro, la impresión del Jirón de la Unión, con todo el respeto histórico que esa arteria merece, es lamentable. Ahora, verbigracia, se ha autorizado la apertura, en Boza, de un museo de cera —con la primicia de las efigies de criminales famosos—, ante cuya puerta un charlatán vocea los horrores de la exposición. En suma, un espectáculo que en todas partes del mundo está relegado a las ferias. Es seguro que las autoridades edilicias que han dado licencia a tan peregrino negocio son las mismas que han decidido evacuar, desde hoy en adelante, a los modestos vendedores ambulantes. Las personas sensatas tienen por qué preguntarse qué diferencia hay, en última instancia, entre el vendedor de ballenitas para el cuello que mete su mercadería por las narices de los peatones y ese incalificable museo en cuya entrada se anuncia que figurán barbazules y destripadores para estímulo de los bajos instintos y regocijo de todos los morbos ocultos. ¡Me quedo, señor alcalde, con el vendedor de ballenitas!

Por lo menos —reflexiono— éste, o el que vende empanadas, o el que ofrece dos monos tití y cinco tortuguitas, etc., no conspira contra la salud moral y el buen gusto de los que transcurren por la calle. No niego que muchas veces me he sentido irritado por la insistencia de los pequeños mercachifles, pero he llegado a la conclusión, una vez serenado, de que se ganan la vida como pueden en un país en donde hay desocupación y donde la vida es cara. Gobernar —¿cuándo lo aprenderán?— no es dictar leyes y resoluciones contra esto o aquello, sino remediar los males de raíz. Y el mal de los mendigos, de la superpoblación y de los vendedores ambulantes, surge de la crisis económica del Perú, que sólo solucionará una transformación profunda de la sociedad.